

descubrieran mal su grado en sus miradas: cuando un tigre ha caído en el escarpado foso que un pastor de la Libia ha abierto bajo sus pasos, la fiera después de haberse debatido largo rato, se tiende con aparente tranquilidad en el recinto fatal; pero en la agitación de sus ojos y sus sangrientos labios se echa de ver que experimenta vivamente el temor y el dolor que le causa el lazo en que ha caído.

Galerio restituyó en breve la esperanza á su ministro. Este fogoso César, acostumbrado al vil lenguaje de sus aduladores, se indignó al oír los acentos de la virtud, y al ver la noble seguridad de un hombre probo. Declaró pues, que si no se castigaba á los fieles abandonaría la corte y se pondría á la cabeza de las legiones de Oriente.

—Porque estos enemigos del cielo, añadió, pondrían sobre mí sus manos sacrílegas.

Hierocles, recobrando su audacia, hace observar que había misterios acerca de los cuales ninguna explicación se había dado, y que además, los facciosos se negaban á sacrificar por el emperador y procuraban insurreccionar los soldados con sediciosa elocuencia.

Demasiado acostumbrado á ceder á la violencia de Galerio, Diocleciano se intimidó á sus amenazas; no ignoraba que al proibir á los cristianos, se privaba de un gran apoyo contra la ambición de César, pero no tenía ya la fuerza de entrever sin estremecerse los azares de una guerra civil. Satanás acaba de intimidar con un prodigio el supersticioso espíritu de Diocleciano: de repente, el escudo de Rómulo se desprende de la bóveda del Capitolio, cae, hiere al hijo de Lastenes, y va á cubrir rodando la loba de bronce, herida por el rayo á la muerte de Julio César. Galerio exclamó:

—¡Ya lo ves, Diocleciano! El padre de los romanos no ha podido sufrir las blasfemias de ese cristiano. Imita su ejemplo: ¡extermina los impíos y protege en el Capitolio al genio del imperio!

Entonces Diocleciano, á pesar de los remordimientos de su conciencia y de las luces de su política, promete publicar un edicto contra los fieles; pero por un último recurso de su talento quiso que los dioses sentenciasen en su propia causa, y le ayudasen al par de Galerio, á llevar el peso de la terrible execración del porvenir.

—Si la Sibila de Cumas, dijo, aprueba la resolución que me haces adoptar, se publicará el edicto que pides. Pero entretanto, quiero se conceda á todos los ciudadanos el goce de sus derechos y la libertad de su culto.

Esto dicho, el emperador abandonó bruscamente el Capitolio; Galerio y Hierocles quedaron triunfantes, meditando el primero los proyectos mas ambiciosos, y mezclando el segundo á estos mismos proyectos tenebrosos planes de amor y venganza. Constantino, poseído de dolor, se sustrajo con Eudoro á la curiosidad de la muchedumbre. El infierno exhaló un pavoroso grito de alegría, y los ángeles del Señor poseídos de santa tristeza, volaron á los pies del Eterno.

## LIBRO DÉCIMOSETIMO.

SUMARIO. Navegación de Cimodocea. Su llegada á Jope. Sube á Jerusalén. Helena la recibe como á su hija. Semana Santa. Respuesta de la Sibila de Cumas. Hierocles hace marchar á un centurión para reclamar á Cimodocea. Diocleciano espide el edicto de persecución.

—IMPULSADA por el soplo del ángel de los mares, Cimodocea derramaba torrentes de lágrimas. Eurimedusa, que acompañaba á la hija de Demodoco, hacia resonar la galera con sus quejas y gemidos.

—¡Oh tierra de Cecrops, decía, tierra donde reinan un soplo divino y unos genios amigos de los hombres! ¿deberemos abandonarte sin esperanza? ¿Quién me diera alas para ver de nuevo unos lugares tan agradables á mi corazón? Yo detendría mi vuelo sobre el templo de Homero, y llevaría á mi querido amo noticias de su Cimodocea. ¡Vanos deseos! Atravesamos las azules llanuras de Anfítrite, donde las Nereidas hacen oír sus blandos conciertos. ¿Es el deseo de riquezas el que nos obliga á arrostrar los furiosos de Neptuno? El interés tiene sus dulzuras. ¡No! es un dios mas poderoso: el dios que hizo morir á Ariadna lejos de los hogares de Minos, en una desierta playa; el dios que obligó á Medea á visitar las torres de lolcos, y á seguir á un héroe inconstante.

El bajel se acercaba al último promontorio de Atica. Ya Sunio elevaba sobre la punta de un peñasco su hermoso templo, y las columnas de mármol parecían balancearse en las olas con la dorada luz de las estrellas. Cimodocea, sentada sobre la popa adornada de flores, entre las estatuas de marfil de Cástor y Pólux, sin las lágrimas que de sus ojos brotaban hubiera parecido la hermana de estos dioses encantadores, próxima á desembarcar con París en la isla donde la hija de Tindaro celebró su himeneo antes de llegar á Troya. El bajel se dirige veloz á la derecha de las Ciclades que blanqueaban situadas á lo lejos sobre el mar como una bandada de cisnes, y encaminando luego su rumbo hacia el Mediodía, va á buscar las costas de la isla de Chipre.

Celebrábase á la sazón la fiesta de la diosa de Amatonta: las olas serenas y silenciosas bañaban el pie del templo de Dione, construido sobre un promontorio en medio de las tranquilas aguas; muchas doncellas medio desnudas bailaban en un bosque de mirtos en derredor del voluptuoso edificio, y muchos mancebos que ardían en deseos de desatar el ceñidor de las Gracias, cantaban en coro la víspera de las fiestas de Venus: llevadas por el soplo de los Céfiros, llegaban hasta la nave estas palabras:

«¡Ame mañana el que no ha amado! ¡Ame también mañana el que ha amado!»

«¡Alma del universo, deleite de los hombres y los dioses, hermosa Venus, tu das vida á toda la naturaleza! Te muestras: las nubes se disipan, la primavera renace, la tierra se viste de flores y el Océano sonríe. Venus coloca en el cuello de la doncella la rosa teñida en la sangre de Adonis; Venus obliga á las Ninfas á vagar con el Amor durante la noche, á la vista de la sonrojada Diana. Ninfas, temed al Amor, que ha dejado sus armas, pero que está armado aun cuando se muestra inerte. El hijo de Citeres nació en los campos y fue alimentado entre flores. ¡Filomela ha cantado su poder; no cedamos á Filomela!»

«¡Ame mañana el que no ha amado! ¡Ame también mañana el que ha amado!»

«¡Isla venturosa! todo en tus deliciosas orillas atestigua los prodigios del Amor. Marineros cansados de los peligros, amarrado el ancla á nuestros puertos y plegado para siempre vuestras velas. En los bosquecillos de Amatonta no dareis sino dulces combates, y no temeréis ya á los piratas, excepto al ingenioso Amor que os prepara lazos de flores. Las Gracias hilan aquí los instantes de los mortales. Venus, valiéndose de invencibles encantos, aletargó un día á las Parcas en el fondo del Tártaro: al punto, Aglaé arrebató la rueca á Laquesis, y Eufrosina el hilo á Cloto; pero Atropos despertó cuando Pasitea iba á robarle sus tijeras. ¡Todo cede al poder de las Gracias y Venus!»

«¡Ame mañana el que no ha amado! ¡Ame también mañana el que ha amado!»

Estos cantos llevaban la agitación al alma de los marineros. La proa de metal hendía las olas con armonioso rumor; é impregnada de los perfumes de

azahar y el incienso de los sacrificios, la brisa hinchaba blandamente las velas y las redondeaba como el seno de una madre jóven.

Peligrosa languidez se apoderaba lentamente de Cimodocea. Dócil á los proyectos de Satanás, Astarté, el espíritu impuro que triunfa en los templos de Amatonta, combate en secreto á la hija de Homero, que conmovida por los cantos corruptores, baja al fondo del bajel, piensa en su esposo, y no sabe cómo arreglar los movimientos de su amor para no herir su nueva religión. Va á consultar á Doroteo, que la aconseja recurra al cielo; la pareja fiel se arrodilla y dirige sus preces al Todopoderoso; el viento se levanta, las olas baten ambos costados de la galera, único ruido que acompaña á la oración del amor: pasión borrascosa que el marinero alimenta en medio de la soledad de los mares, y el pastor en la espesura de los bosques.

Doroteo y la hija de Demodoco se hallaban turbados aun por los recuerdos de Amatonta, cuando descubrieron la cima del Carmelo. La llanura de la Palestina salió de las olas y se diseñó á lo largo del mar; las montañas de la Judea se destacaron detrás de esta llanura, y el bajel fue en silencio á echar en medio de la noche el ancla en el puerto de Jope; mas sagrada que la nave de Hiram, cargada con los cedros del templo, llevaba el templo vivo de Jesucristo, y la inocencia, preferible á la madera perfumada. Los pasajeros cristianos desembarcan en la orilla, se arrodillan y besan estasiados la tierra donde se verificó su redención. Doroteo y la jóven catecúmena se reúnen á un grupo de peregrinos, que debían marchar al rayar el día á Jerusalén.

Apenas el alba había blanqueado los cielos, cuando se oyó la voz del árabe conductor de la comitiva, que entonaba el canto de la partida de la caravana. Al punto, los peregrinos se preparan, los dromedarios doblan las rodillas, y reciben sobre sus abovedadas espaldas los pesados cargamentos, y los asnos robustos y las ágiles yeguas conducen á los viajeros. Cimodocea, que atraía todas las miradas, cabalgaba con su nodriza sobre un camello ataviado de tapices, plumajes y banderolas. Rebeca mostró menos pudor al descubrir á Isaac que al encuentro le salía; y Raquel pareció menos hermosa á los ojos de Jacob al dejar á sus padres, llevando consigo sus dioses domésticos. Doroteo y sus criados caminaban á los lados de la hija de Demodoco, y atendían á los pasos de su camello.

Aléjense de las murallas de Jope, embellecidas por bosques de lentiscos y granados, semejantes á los rosales cargados de encendidas flores; atravesaron la llanura de Saron, que en la Escritura comparte con el Carmelo y el Líbano el honor de ser la imagen de la hermosura; esta llanura estaba cubierta de aquellas flores cuya magnificencia no podía igualar Salomón en toda su pompa regia. En breve penetraron en las montañas de la Judea, por la aldea que vió nacer al feliz criminal á quien Jesucristo prometió el cielo sobre la cruz. Los piadosos viajeros se saludaron también, cuna de Jeremías, ¡tú que respiras aun la tristeza del profeta de los dolores! Salvan el torrente que suministró al pastor de Belém las piedras con que hirió al filisteo; entran en el desierto donde algunas higueras silvestres, sembradas á largas distancias entre sí, desplegaban al viento ardiente del Mediodía sus negruzcas hojas; la tierra, que hasta entonces había conservado algun verdor, se despojó de él; las faldas de los montes se ensanchan y presentan á la vez mas imponente y estéril aspecto; poco á poco, la vegetación se retira y muere; hasta el musgo desaparece, y un colorido rojo y abrasado sucede á la muda palidez de los peñascos. Al llegar á una elevada garganta, los peregrinos descubren de improviso una antigua muralla sobre la que descuellan algunos edificios nuevos. El guía exclama: «¡Jerusalén!» y la ca-

ravana, súbitamente detenida por un movimiento involuntario, repite: «¡Jerusalén! ¡Jerusalén!»

Al punto los cristianos se apean de sus yeguas ó de sus camellos. Estos se arrodillan tres veces; aquellos se golpean el pecho sollozando; unos apostrofan á la ciudad sagrada en el lenguaje mas patético; otros quedan mudos de asombro, con la vista clavada en Jerusalén. Mil recuerdos abruman á la vez el corazón y el espíritu: recuerdos que abrazan la duración del mundo. ¡Oh Musa de Sion! ¡solo tú podrías pintar ese desierto que respira la divinidad de Jehová y la grandeza de los profetas!

Entre el valle del Jordan y las llanuras de Idumea, se dilata una cadena de montañas que empieza en los fértiles campos de la Galilea y va á perderse en los arenales del Yemen. En el centro de estas montañas se halla un valle árido, cercado por todas partes por unas cimas amarillas y pedregosas que no se abren sino al Levante, para dejar ver el golfo del mar Muerto y las distantes montañas de la Arabia. En medio de este paisaje de piedras, sobre un terreno desigual y en declive, dentro del recinto de una muralla conmovida en otro tiempo por los golpes del ariete enemigo, y ora fortificada con torres que se desploman, se descubren vastas ruinas; algunos cipreses diseminados, bosquecillos de aloes y nópalos, y algunas cabañas árabes, semejantes á sepulcros blanqueados, cubren el monton de ruinas que forman la triste Jerusalén.

Al primer aspecto de esta region desolada, honda amargura se apodera del corazón. Pero cuando pasando de soledad en soledad, el espacio se dilata sin límites á la vista, la amargura se disipa lentamente y el viajero experimenta un terror secreto que lejos de abatir el alma, inspira vigor y eleva el genio. Las perspectivas extraordinarias descubren por todas partes una tierra sellada con grandes milagros; el sol ardiente, el águila impetuosa, el humilde hisopo, el cedro soberbio, la higuera estéril, toda la poesía, todos los cuadros están allí: cada nombre encierra un misterio, cada gruta revela el porvenir, cada cumbre resuena con los acentos de un profeta. El mismo Dios ha hablado en aquellas orillas; los torrentes secos, los peñascos hendidos, los sepulcros entreabiertos atestiguan el prodigio; el desierto parece todavía mudo de terror, y pudiera decirse que no se ha atrevido á romper el silencio desde que oyó asombrado la tronadora voz del Eterno.

La piadosa Elena se trasladara á esta tierra sagrada, deseosa de arrancar el sepulcro de Jesucristo á las profanaciones de la idolatría, pues deseaba encerrar en edificios magestuosos tantos lugares consagrados por las palabras y los dolores del Hijo de Dios; al efecto, llamó á los cristianos de todo el mundo en su auxilio, y estos desembarcaban en gran número en las costas de la Siria. Descalzos y anegado el rostro en lágrimas, se adelantaban entonando cánticos hacia la montaña donde se obró la salvación de los hombres. Doroteo condujo también á este santuario á la catecúmena á quien la madre de Constantino debía instruir y proteger.

La caravana entra por la puerta del castillo que vió, andando el tiempo, alzarse la torre de los Pisanos y el hospicio de los valientes caballeros del Temple. Espárcese al punto la voz de que el primer oficial de la casa del emperador ha llegado con una catecúmena mas hermosa que Mariane, y que parece igualmente desgraciada. Elena hace llamar á Doroteo, y estremeciéndose al relato de los males que á la Iglesia amenazan, recibe á la esposa del defensor de los cristianos con la nobleza de una emperatriz, con la bondad de una madre y con el celo de una santa.

—Estér, le dijo, grato me es hallar en tus facciones las de una jóven á quien he visto muchas veces en sueños, sentada á la derecha de la divina Maria. Tu no has conocido á tu madre, y yo lo seré para con-

tigo. Da gracias á Dios, hija mia, por haberte traído al sepulcro de Jesucristo, pues aquí las verdades mas altas de la fe parecen humillarse y hacerse sensibles á los mas sencillos corazones.

A tan cariñosas palabras, Cimodocea vertió lágrimas de ternura y respeto. A la manera que se ve á una viña, desprendida por un violento huracan del olmo que la sostenia en los aires, cubrir con sus tiernas ramas la tierra; y que al presentarsele otro apoyo, abraza con mas avidéz el árbol protector, desplegando de nuevo á los rayos del sol sus delicadas hojas: así la hija de Demodoco, separada del autor de sus dias, se adhiere estrechamente á la madre del amigo de Eudoro.

Elena hace partir mensajeros que lleven á las siete Iglesias de Asia la noticia de la próxima persecucion; y al mismo tiempo se digna mostrar á la esposa de Eudoro y á Doroteo los inmensos trabajos que deben hacer renacer la ciudad de Salomon. El bosque consagrado á Venus sobre el Calvario, estaba desmontado; la verdadera cruz habia sido hallada, y un hombre á quien la presencia de esta cruz habia arrancado al féretro, contaba las cosas de otra vida en aquella Jerusalén, tantas veces instruida por los muertos de los secretos del sepulcro.

Al pié de la montaña de Sion que sustenta en su cima el arruinado monumento de David, se levanta una colina de eterna celebridad denominada el Calvario, á cuya base sagrada Elena habia hecho encerrar el sepulcro de Jesucristo en una basilica circular de mármol y pórfido. Iluminado por una cúpula de cedro, colocado en el centro de la iglesia y cubierto con un catafalco de mármol blanco, el santo sepulcro servia de altar en las grandes solemnidades. Una oscuridad favorable al recogimiento interior, reinaba en el santuario, en las galerias y capillas del edificio, donde resonaban sagrados cánticos á todas las horas del dia y de la noche. Ignórase de donde salen estos conciertos; respirase el aroma del incienso sin que se descubra la mano que lo quema, y se ve pasar en la sombra y perderse en las sinuosidades del templo al pontífice que va á celebrar los formidables misterios en los mismos lugares donde se consumaron.

Cimodocea contempla silenciosa las maravillas cristianas: hija de la Grecia, admira las obras maestras de las artes creadas por el poder de la fe en medio de los desiertos. Las puertas del nuevo edificio atraen especialmente sus miradas, pues eran de bronce y giraban sobre goznes de plata y oro: un solitario de las orillas del Jordan, animado del espíritu profético, habia dado el dibujo de esta puerta á dos célebres escultores de Laodicea. Veíase en ella la ciudad santa conquistada por un pueblo infiel, sitiada por unos héroes cristianos que se reconocian en la cruz que sobre sus vestidos brillaba; el traje y las armas de estos héroes eran extranjeros, pero los soldados romanos creian hallar en ellos algunos vestigios de los francos y los galos, entre aquellos guerreros del porvenir. En su frente resplandecian el valor, el espíritu emprendedor y aventurero, con una nobleza, una ingenuidad y un honor ignorados de los Ajax y Aquiles. Aquí, el campo parecia conmovido á la vista de una mujer seductora que parecia implorar el auxilio de una tropa de príncipes jóvenes; allí, esta misma encantadora arrebatada á un héroe sobre las nubes y le trasladaba á unos jardines deliciosos; mas allá una asamblea de espíritus de tinieblas estaba convocada en las ardientes salas del infierno: el ronco sonido de la trompeta del Tártaro llama á los habitantes de las sombras eternas; las negras cavernas estremecense roncadas á sus ecos, y el estruendo rueda y se repite de abismo en abismo. ¡Con cuánta ternura descubrió Cimodocea á una mujer moribunda bajo la armadura de un guerrero! El cristiano que le atravesó el pecho, va á tomar bañado en lágrimas, agua en su casco, y

vuelve á dar una vida eterna á la hermosura á quien privara de un dia fugaz. Por último, la ciudad santa es atacada por todas partes, y el estandarte de la cruz se ostenta radioso sobre las murallas de Jerusalén. El artista divino habia tambien representado entre tantas maravillas, al poeta que debia cantarlas un dia; este poeta parecia escuchar en medio de un campamento el grito de la religion, del honor y del amor, y henchido de noble entusiasmo, escribia sus versos sobre un escudo.

El tiempo que incesante vuela, habia traído la vispera del doloroso dia en que Jesucristo espiró sobre la cruz, y Cimodocea con un grupo de virgenes escogidas, acompañó á Elena al sepulcro del Salvador. La noche se hallaba en la mitad de su curso; el santo Sepulcro estaba lleno de fieles, y sin embargo, reinaba en aquel lugar sagrado un profundo silencio. El candelabro de siete mecheros ardia delante del altar, y algunas lámparas iluminaban escasamente el resto del edificio; todas las imágenes de los mártires y de los ángeles estaban cubiertas, y suspenso el sacrificio, la hostia habia sido depositada en el santo Sepulcro. Elena se colocó en medio de la muchedumbre, despues de haberse despojado de su diadema, no queriendo ceñir su frente con corona de diamantes en los lugares donde el Redentor la llevara de espinas. El mérito de Cimodocea en el arte de los cantos era ya conocido por sus compañeras, quienes la invitaron á suspirar las Lamentaciones de Jeremias. Elena la anima con una mirada, y Cimodocea se adelanta al pié del altar; estaba vestida con una túnica de biso, de color de aurora, ajustada con un ceñidor de seda y bordado con granadas de oro, á usanza de las doncellas judias; su cabello, cuello y brazos estaban cargados por un momento de medias lunas, de cintas de cinco colores, de braceletes, de pendientes y collares. Tal se presentó á los ojos de los israelitas, Micol, esposa prometida á David en premio de su victoria sobre los filisteos; tal una palmera de Siria adorna su copa con sus frutos entrelazados á manera de cristales de coral en delgados hilos de alambre. Cimodocea, elevando una voz pura, hizo oír estas Lamentaciones:

«¿Cómo está sentada en la soledad la ciudad llena «en otro tiempo de pueblo? ¿Cómo se ha oscurecido el «oro? ¿Cómo han sido dispersas las piedras del san- «tuario? La señora de las naciones está viuda, y la «reina de las provincias sujeta al tributo. Las calles «de Sion lloran; sus puertas están destruidas; los sa- «cerdotes gimen y las virgenes se muestran desoladas. «Oh raza de Judá! has sido tratada como un vaso de «barro. ¡Jerusalén! ¡Jerusalén! tu has visto caer en «un momento el orgullo de tus torres y tus enemigos «plantaron sus tiendas en el mismo lugar donde el «Justo, llorando sobre tí, habia predicho tu ruina.»

Así cantaba Cimodocea en un tono patético transmitido á los cristianos por la religion de los hebreos. De tiempo en tiempo, unas trompetas de metal mezclaban sus gemidos á las Lamentaciones de Jeremias. ¡Cuánta elocuencia encerraban estas lecciones, repetidas sobre las ruinas de Jerusalén, cerca del templo de que no quedaba piedra sobre piedra, y en la vispera de una persecucion! La conmovida voz de una joven separada de su padre y que temia por la vida de su esposo, añadian á estos cánticos un encanto indecible. Las oraciones continuaron hasta la nueva aurora, y entonces se preparó la procesion solemne que debia recorrer la via Dolorosa.

La verdadera cruz, sostenida por cuatro obispos, confesores y mártires, marchaba á la cabeza del rebaño. Dilatándose en dos hileras, un numeroso clero, silencioso y enlutado, seguia al signo de la redencion humana; en pos marchaban los coros de doncellas y viudas, los catecúmenos próximos á entrar en el seno de la Iglesia y los pecadores prontos á ser re-

conciliados. El obispo de Jerusalén, descubierta la cabeza y asida una cuerda al cuello en señal de espiacion, terminaba la piadosa comitiva. Elena marchaba á su espalda, apoyada en la esposa del defensor de los cristianos, mientras la innumerable multitud de los fieles, el huérfano, el ciego y el cojo acompañaban llenos de esperanza aquella cruz que cura al enfermo y consuela al afligido.

Salen por la puerta de Belén, y volviendo hácia el Levante, á lo largo de la piscina de Betsabé, bajan hacia el pozo de Nefi para subir á la fuente de Siloé. Al aspecto del valle de Josafat, lleno de sepuleros, valle en donde la trompeta del ángel del Juicio debe un dia congregar á los muertos, un santo terror se apodera del alma de los fieles. El religioso acompañamiento pasa al pié del monte Moria y atraviesa el torrente de Cedron, de cenagosas y parduzcas aguas; deja á la derecha los sepuleros de Josafat y Absalon y va á orar al jardin de las Olivas, en el mismo lugar en que el Hijo del Hombre derramó un sudor de sangre. A cada estacion, un sacerdote explicaba al pueblo ó el milagro ó la palabra ó la accion de que aquel lugar sagrado fuera testigo. La puerta de las Palmas se abre, la procesion vuelve á entrar en Jerusalén, y á través de los hacinados escombros llega á las ruinas del palacio del Pretorio, no distante del recinto del templo: aquí empieza el camino del Calvario. El sacerdote que debia hablar á la muchedumbre, no podia leer el Evangelio; porque sus copiosas lágrimas le permitian apenas decir con voz conmovida:

—«¡Hermanos míos, aquí se elevaba la cárcel donde fue coronado de espinas! En este arruinado pórtico, Pilatos le mostró á los judíos, diciéndoles:

«¡Hé aquí al hombre!»

A estas palabras, los cristianos prorrumpen en sollozos. El concurso se dirige al Calvario, y el sacerdote describe de nuevo la via Dolorosa:

—«Allí estuvo la casa del rico: allá Jesucristo cayó abrumado por su cruz; mas allá el Hombre-Dios dijo á las mujeres: No lloreis sobre mí, sino llorad sobre vosotras y sobre vuestros hijos!»

Llegan á la cumbre del Calvario, y clavan en ella la señal de la salvacion de los hombres: al punto, el sol se cubre de tinieblas, la tierra se estremece, y el velo del nuevo templo se rasga. Inmortales testigos de la Pasion del Salvador, vosotros os reunisteis en derredor de la nueva cruz: vióse bajar del cielo á María, madre de misericordia, á Magdalena la penitente, á Pedro que lloró su pecado, á Juan, que no abandonó á su Maestro, al terrible espíritu que presentó el cáliz de amargura al Redentor del mundo, y al ángel de la muerte asombrado todavía al considerar el golpe que sobre el Hijo del Eterno descargará.

Muy diferente fue el dia de triunfo que siguió á este dia de luto. Las imágenes de los santos se descubrieron, el fuego fue bendecido delante del altar, y la antigua *aleluya* de Jacob conmovió las bóvedas de la iglesia:

«Oh hijos, oh hijas de Sion, el Rey de los cielos, «el Rey de gloria, va á salir del sepulcro! ¿Qué ángel «es ese vestido de blanco, que se muestra sentado á «la entrada del sepulcro? ¡Apóstoles, acudid! ¡Dicho- «s los que crean sin haber visto!»

El pueblo repite en coro este himno de las bendiciones y alabanzas.

Pero nada iguala á la felicidad de los catacúmenos que en este dia solemne pasan á la clase de los elegidos. Todos vestidos de blanco y coronados de flores, reciben en su frente el agua pura que les restituye á la inocencia de los primeros dias del mundo. Cimodocea contemplaba con envidia la felicidad de estos nuevos cristianos: pero la hija de Homero no se hallaba aun bastante instruida en las verdades de la fe. Acercábase, no obstante, al feliz momento de su bautismo, pues faltábale solo alcanzar mediante una

postrera prueba la dicha de profesar la religion de su esposo.

Mientras bajo la proteccion de Elena, se juzgaba al abrigo de todos los peligros, adelantábase ya hácia Jerusalén el centurion que perseguia á la fugitiva paloma. El arúspice que debia consultar á la Sibila de Cumes, acerca de la suerte de los cristianos, habia dejado á Roma, acompañado de un satélite de Hierocles, encargado secretamente en nombre de Galerio de hacerse favorable el oráculo. El ministro del prócónsul tenia orden, cuando la sacerdotisa hubiese pronunciado la sentencia fatal, de embarcarse para la Siria y apoderarse de Cimodocea en la ciudad santa, reclamando á esta nueva Virginia en el tribunal de un nuevo Apio, como una esclava cristiana escapada á su señor.

El príncipe de las tinieblas, que pertinaz en sus designios, habia volado desde Roma á Cumes para inspirar á la Sibila el oráculo impostor que debia perder á los fieles, descubre con complacencia el lago Averno, rodeado de un bosque sombrío. Por una abertura próxima á estos lugares, los demonios se lanzan desde el seno de las sombras, y desde el fondo de este infecto respiradero se deleitan en esparcir por los pueblos mil fábulas oscuras relativamente á los vastos dominios de la noche y del silencio. Pero estos ángeles criminales descubren á su pesar el secreto de sus dolores, porque colocan en el camino de su imperio á los Remordimientos, sobre un lecho de hierro; á la Discordia de cabellera de serpientes unidas con ensangrentadas cintas; á los vanos Sueños, suspendidos de las ramas de un olmo antiguo, al Trabajo, á las Amarguras, al Espanto, á la Muerte y á los Regocijos culpables del corazon.

El Eterno, que vé á Satanás adelantarse hácia el unto de la Sibila, se opone al entero cumplimiento de los proyectos del infierno. Si Dios, en la profundidad de sus consejos, permite que su Iglesia sea perseguida, no consiente que los demonios puedan atribuirse tan culpable gloria; y aun al castigar á los cristianos, humilla á los espíritus rebeldes. Quiere que los falsos oráculos enmudezcan, y que los ídolos, confesándose vencidos, reconozcan al fin el triunfo de la cruz.

Un ángel encargado de los órdenes del Altísimo, baja tambien á la colina donde Dédalo, despues de haber atravesado los cielos, consagró segun dice la Fábula, sus alas al Genio de la luz. El celestial mensajero penetra en el templo de la Sibila, en el momento que el arúspice enviado por Diocleciano, ofrecia un sacrificio. Cuatro toros caen degollados en honor de Hecate; inmólase una oveja negra á la Noche, madre de las Euménides; enciéndese el fuego en los altares de Pluton; las víctimas enteras son arrojadas á las llamas, y sus ardientes entrañas nadan en olas de aceite. Invócase al Caos, á la Estigia! al Flegeton, á las Parcas y á las Furias, divinidades infernales, y se les consagra la cabeza de los cristianos. No bien consumado el odioso sacrificio, la Sibila exclama, fuera de sí:

«¡Es tiempo de consultar el oráculo! ¡El dios, ¡Hé aquí el dios!»

Así hablando á la entrada del santuario, Satanás agita súbitamente á la sacerdotisa de los ídolos. Las facciones de la Sibila se demudan, su semblante cambia de color, sus cabellos se erizan, su pecho se eleva, su estatura crece, y su voz nada tiene de comun con la voz humana. Sentada en la trípode, lucha todavía con la inspiracion del príncipe de las tinieblas.

«Poderoso Apolo, exclama el arúspice, dios de Es- minto y de Delos, tú, á quien el Destino ha elegido para descubrir el porvenir á los mortales, ¡dignate revelarme la suerte de los cristianos! ¿El piadoso emperador debe exterminar á los sacrilegos enemigos de los dioses?»

A estas palabras, la sacerdotisa se levanta tres veces con violencia, y tres veces una fuerza sobrenatural vuelve á clavarla en la trípode: las cien puertas del santuario se abren para dejar paso á las palabras proféticas; mas ¡oh prodigio! la Sibila permanece muda. En vano, impelida por el demonio, se esfuerza en romper el fatal silencio, pues solo exhala confusos é inarticulados sonidos. El ángel del Señor se ha descubierta á los ojos de la sacerdotisa, que, entreabierta la boca, extraviados los ojos y los cabellos en desórden, lo muestra con la mano á los espectadores, que aunque no ven la aparición celestial, se sienten poseidos de espanto. Dominada por el espíritu del abismo y haciendo el último esfuerzo, la Sibila quiere decretar la proscrición de los cristianos, pero solo balbucea estas palabras:

«¡Los justos que pueblan la tierra, me impiden hablar!»

Satanás, vencido por este oráculo, huye lleno de vergüenza y dolor, aunque sin perder la esperanza ni abandonar sus propósitos, pues se promete lograr, por medio de las pasiones humanas, lo que no ha podido conseguir por sí mismo. El arúspice confía la respuesta de los dioses á un caballero nómada, mas rápido que el viento: Diocleciano la recibe y el consejo se reúne.

«Esos pretendidos justos, dice Hierocles, son los cristianos. El oráculo les designa irónicamente con el nombre que ellos á sí mismos se aplican. ¡Augusto! ¡los cristianos hacen callar la voz del cielo! ¡Tanto es el horror con que dioses y hombres miran á esos monstruos!»

Diocleciano, secretamente atormentado por la antigua serpiente, acepta la esplicacion de Hierocles, sin advertir el favorable sentido que para los cristianos encierra el oráculo. La superstición ahoga su sabiduría, y teme favorecer á unos hombres entregados á las Furias. No obstante, vacila todavía; pero en tal momento cunde por el consejo el rumor de que los cristianos han prendido fuego al palacio. Galerio, aconsejado por Hierocles, había preparado este incendio, para triunfar de las incertidumbres del emperador. Entonces el César, fingiendo una viva consternación, dice:

«¡Oportuno tiempo de deliberar es aquel en que los malvados intentan hacerte perecer en las llamas!»

Esto escuchando, todo el consejo, ó vendido ó alucinado, pide la muerte de los impíos; y poseído de espanto, el emperador manda publicar el edicto de persecución.

## LIBRO DÉCIMO-OCTAVO.

SUMARIO. Júbilo del infierno. Galerio sugerido por Hierocles, obliga á Diocleciano á abdicar. Preparación de los cristianos al martirio. Constantino, ayudado por Eudoro, huye de Roma y se reúne á Constancio. Eudoro en los calabozos. Hierocles es primer ministro de Galerio. Persecución general. El demonio de la tiranía lleva á Jerusalén la noticia de la persecución. El centurion enviado por Hierocles prende fuego á los Santos Lugares. Doroteo salva á Cimodocea. Encuentro de Gerónimo en la gruta de Belén.

Desde el aciago día en que Satanás vió á la primera mujer acercar á su boca el fruto de muerte, no había experimentado tan viva alegría. «¡Infierno, exclamaba, abre tus abismos para recibir las armas que Cristo te había arrancado! ¡Cristo ha sido vencido, y destruido su imperio; el hombre me pertenece irremisiblemente!»

Así hablaba el príncipe de las tinieblas, y su voz penetraba pavorosa en la region maldita de los dolores. Los réprobos creyeron oír de nuevo su fatal sen-

tencia, y prorumpieron en discordantes gritos en medio de las llamas. Todos los demonios que habían quedado en el fondo de la noche eterna, acudieron á la tierra, y el emjambre de espíritus inmundos oscureció el espacio. El querubín que rigió el curso del sol retrocedió de horror, velando la radiante frente con una nube de color de sangre; los bosques exhalaron lastimeros quejidos; en los altares de los mentidos dioses los ídolos sonrieron con espantoso júbilo, y los perversos de todas las partes del globo experimentaron en aquel momento nueva propensión hácia el mal y abortaron calamitosos planes.

Hierocles, arrebatado por un ardor irresistible, quiere dar la última mano á su obra nefanda. Conociendo que mientras Diocleciano empuñase el cetro no podría gozar de una autoridad absoluta, el sofista aprovecha sagaz el momento propicio, y dirigiéndose á Galerio cuyas viles pasiones conocía le dice:

«¡Príncipe! si pretendes reinar no debes perder un solo instante, pues Diocleciano acaba de privarse del apoyo de los cristianos. Esterminando á esos facciosos, quedarás á cubierto del odio que algunas veces acarrea una medida severa, puesto que el edicto ha sido espedito á nombre del emperador. Diocleciano está asustado de su propia resolución; explota, pues, ese momento de temor; represéntale que es tiempo para él de gozar del descanso y de dejar á un héroe mas jóven el cuidado de ejecutar las órdenes de que depende la salvación del imperio. Tú nombrarás Césares de tu confianza, y harás reinar la sabiduría; el presente te deberá su prosperidad y los futuros siglos pregonarán tus virtudes.»

Galerio aprobó el celo de Hierocles, y llamó al vil consejero su digno amigo, su fiel ministro. Todos los favoritos de Galerio aplaudieron su proceder, sin escepcion de Publio, que rival del favor del apóstata, no buscaba sino el medio de perderle; pero á fuer de astuto cortesano, se abstuvo de oponerse á un crimen que halagaba la ambición de Galerio; y en su calidad de prefecto de Roma se encargó de ganar á los pretorianos y á las legiones acampadas en el campo de Marte.

Galerio se dirige al palacio de los Termas: Diocleciano estaba solo y encerrado en el lugar mas apartado de su espaciosa morada. En el momento mismo que el emperador pronunciara la sentencia de los cristianos, Dios pronunció la del emperador: el reinado había concluido con la justicia. Devorado por los remordimientos y las inquietudes, Augusto se sentía abandonado del cielo, presa su alma de amargos pensamientos; en tal disposición de ánimo, le fue anunciado súbitamente Galerio, á quien Diocleciano saludó con el nombre de César.

«¡Siempre César! exclamó el príncipe con violento ademán; ¿nunca seré mas que César?»

Esto dicho, cierra las puertas, se dirige al emperador y le habla así:

«¡Augusto! no bien publicado tu edicto en Roma, los cristianos han tenido la insolencia de rasgarte. Preveo que esa raza impía causará no pocos males á tu vejez; consiente, pues, que yo castigue á tus enemigos, y descarga sobre mí el peso del imperio: tu edad, tus largos trabajos y tu quebrantada salud te imponen el deber de buscar el necesario descanso.»

Diocleciano le replica, sin mostrarse sorprendido:

«Tu preparas á mi vejez esas calamidades: sin ti, hubiera dejado á mi muerte tranquilo el imperio. ¿Tré despues de veinte años de gloria, á sepultarme en la oscuridad?»

«¡Pues bien! repuso enfurecido Galerio, sino quieres renunciar el imperio, me corresponde resolver por mí mismo. ¡Quince años há que combato á los bárbaros en unas fronteras salvajes, mientras los demás Césares reinan pacíficamente en provin-

cias fértiles: ¡cansado estoy de ocupar el último puesto!»

«¿Has olvidado, replicó el viejo, que vives en mi palacio? ¡Oscuro cabrero! A pesar de mis achaques puedo todavía hundirte en tu antigua nada; pero tengo sobrada esperiencia para que la ingratitud me sorprenda, y estoy harto cansado de gobernar á los hombres, para que me obstine en disputarte tan triste honor. ¡Desventurado Galerio! ¿sabes lo que pides? Veinte años há que empuño las riendas del imperio, y un sueño tranquilo no ha cerrado aun mis ojos: no he visto en mi derredor sino bajezas, intrigas, mentiras, traiciones; no llevaré del trono otro recuerdo que el vacío de las grandezas y un profundo desprecio á la raza humana.»

«Yo sabré, dijo Galerio, ponerme á cubierto de la intriga, de la bajeza, de la mentira y de la traición; yo restableceré los frumentarios que tan imprudentemente has suprimido; daré fiestas á la muchedumbre, y señor del mundo, dando cima á elevadas empresas, dejaré una duradera opinión de mi grandeza.»

«De esa suerte, replicó Diocleciano con desprecio, harás reír no poco al pueblo romano.»

«Pues bien! respondió el feroz César, si el pueblo romano no quiere reír, le haré llorar. Preciso le será ó cooperar á mi gloria ó morir. Inspiraré el terror para librarme del desprecio.»

«El medio no es tan seguro como imaginas, repuso Diocleciano. Si la humanidad no te detiene, muévate á lo menos tu propia seguridad, pues un reinado violento no puede ser de larga duración. No pretendo que te espongas á una caída repentina, pero hay en los principios de las cosas cierto grado de mal que la naturaleza no puede superar, y en breve se ve, sea cual fuera la causa de ello, desaparecer los elementos de este mal. De todos los malos príncipes, solo Tiberio dirigió mucho tiempo el timón del estado; pero Tiberio solo fue violento en los últimos años de su vida.»

«Todos esos razonamientos son inútiles, dijo impaciente Galerio; no te pido lecciones, sino el imperio. Dices que el poder supremo no tiene atractivo alguno á tus ojos; deposítalo, pues, en manos de tu yerno.»

«Ese título, contestó Diocleciano, en nada puede realzarte á mis ojos. ¿Has labrado acaso la felicidad de mi hija? Infiel á su amor y perseguidor de su religión, solo esperas tal vez mi abdicación para desterrar á Valeria á alguna playa inhabitada. ¡Hé aquí ingrato, como has pagado mis beneficios! Empero seré vengado: te abandono este poder que intentas arrancarme al borde del sepulcro. No cedo, no, ¡miserable! á tus amenazas; obedezco tan solo á una voz del cielo que me grita que el tiempo de las grandezas ha pasado. Te arrojo este pedazo de púrpura que ya es para mí una mortaja, y con él te lego todos los cuidados del trono. Gobierna, si á tanto alcanzas, un mundo que se disuelve y en que germinan por todas partes mil principios de muerte; mejora las corrompidas costumbres, armoniza unas religiones que chocan entre sí; destruye la afición al sofisma que gangrena las entrañas de la sociedad, y rechaza á sus bosques á esos bárbaros que tarde ó temprano devorarán el cadáver del imperio romano. Yo parto: y pronto, desde mi jardín de Salona te veré objeto de la execración del universo. Hijo ingrato, no bajarás á la tumba sin ser víctima de la ingratitud de tus hijos! Reina, pues, y acelera la ruina de un Estado, cuya caída he retardado algunos instantes. Tu perteneces á la funesta raza de esos príncipes que aparecen sobre la tierra en las épocas de grandes revoluciones, cuando las familias y los reinos se pierden por la voluntad de los dioses.»

Así se decidía la suerte del imperio en el palacio

de Diocleciano, mientras los cristianos deliberaban acerca de las tribulaciones de la Iglesia, siendo Eudoro el alma de todos estos consejos. El edicto publicado al son de trompetas, mandaba quemar los libros santos y demoler las iglesias; declaraba infames á los cristianos, les privaba de los derechos de ciudadanía; prohibía á los jueces recibir sus quejas por malos tratamientos, de hurto, rapto y adulterio; autorizaba á toda clase de personas para denunciarles; y por último, sujetaba á los tormentos y condenaba á la muerte á cualquiera que se negase á sacrificar á los dioses.

Este sanguinario edicto dictado por Hierocles, abría ancho curso á los crímenes del discípulo de los falsos sabios, y amenazaba á los fieles con una total destrucción; por lo que cada cual, segun su carácter se preparaba á huir ó á combatir.

Los que temían perecer en los tormentos marchaban á los países de los bárbaros; muchos se retiraban á los bosques y lugares desiertos; veíanse á los fieles abrazarse en las calles y despedirse tiernamente, felicitándose de sufrir por Jesucristo. Muchos venerables confesores que se habían librado de las anteriores persecuciones, se mezclaban á la multitud para alentar la debilidad ó moderar el ardor del celo. Las mujeres, los niños y los jóvenes rodeaban á los viejos, y estos recordaban los ejemplos de los mas famosos mártires: Lorenzo, de la Iglesia Romana, espuesto á las llamas; Vicente, el de Zaragoza, conversando en la pasión con los ángeles; Eulalia de Mérida, Pelegia de Antioquia, cuya madre y hermanas se anegaron abrazadas; Felicitas y Perpétua, combatiendo en el anfiteatro de Cartago; Teodoro y las siete vírgenes de Ancira; y los dos jóvenes esposos que sepultados en tumbas diferentes, se hallaron luego reunidos en una misma tumba. Así hablaban los ancianos; los obispos ocultaban los libros santos, y los sacerdotes encerraban el Viático en cajas de doble fondo; las mas solitarias é ignoradas catacumbas eran abiertas de nuevo para reemplazar las iglesias, próximas á ser destruidas; nombrábanse los diáconos que debían disfrazarse para llevar auxilios á los mártires en las minas, los calabozos y el potro; preparábase el lienzo y el bálsamo como en la víspera de un gran combate, y todos pagaban sus deudas y se reconciliaban con sus enemigos. Esto se verificaba sin ruido, sin ostentación, sin tumulto: la Iglesia se disponía á sufrir con modestia, y semejante á la hija de Jepté, solo pedía á su padre un momento para llorar su sacrificio en la montaña.

Los soldados cristianos esparcidos en las legiones advirtieron á Eudoro que una nueva conspiración estaba próxima á estallar; que se hacían en nombre de Galerio grandes larguezas al ejército; que las tropas debían reunirse al día siguiente en el campo de Marte, y que se hablaba de la abdicación del emperador.

El hijo de Lastenes se procura mas minuciosos datos, y vuela sin demora á Tibur, habitual residencia de Constantino, que habitaba lejos de las insidias de la corte un reducido retiro situado sobre la cascada del Anio, y próximo á los templos de Vesta y la Sibila. Las casas de Horacio y Propertio se veían abandonadas, orillas del rio, entre unos bosques de olivos que habían vuelto al estado silvestre. El risueño Tibur, que tantas veces inspirara á la musa latina, solo presentaba ya monumentos de placeres desvanecidos y sepulcros de todos los siglos. En vano se buscaba en las laderas de Lucretilio el recuerdo del voluptuoso poeta que encerraba en un reducido espacio sus dilatadas esperanzas, y que consagraba vino y flores al Genio que nos recuerda la celeridad de nuestra vida.

De improviso se anuncia en medio de la noche á Constantino la llegada de Eudoro; el príncipe se le-